

EVA LOSADA CASANOVA

Las voces del jilguero



«Eva Losada Casanova escribe combinando la memoria personal y la colectiva con una fuerte apuesta por la imaginación, por la palabra que revela y conmueve» MANUEL RICO



Las voces del jilguero

Eva Losada Casanova

Las voces del jilguero

COLECCIÓN
LITERADURA



Primera edición: febrero de 2025

© Eva Losada Casanova, 2025

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2025
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)
www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-129382-4-1
Dep. Legal: M-3063-2025

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *La noche y la ciudad*, © Alejandra Caballero, 2025
alejandracoballero.eu

Producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Las voces del jilguero

«La vida no tiene partes, sino lugares y rostros»

MARÍA ZAMBRANO

Claros del bosque

A mis padres, por toda la felicidad y el dolor compartidos.

1
NOSOTROS

AQUÍ NO HAY NIÑOS ni cestas con caramelos, tampoco hay flores, es un lugar de paso, de luces frías que no saben ocultar el dolor. En las salas mortuorias los sonidos se rompen, no hay ecos, no hay sombras, son tan reales como lo es la muerte. Aprieto los puños para contener el ajetreo desordenado de los dedos que se refugian en los pliegues de la piel, porque hoy cumpla 4380 días sin beber. Nosotros siempre contamos los días, las semanas, luego nos atrevemos con los meses y, si no recaemos, llegamos a contar los años, nosotros miramos atrás y contamos, pero no sabemos mirar hacia adelante, porque el presente es tan quebradizo como el fino cristal de una copa de vino. Si pienso en la palabra *vino*, noto un cosquilleo detrás de la lengua, a nosotros nos pasa eso.

Me gusta decir *nosotros*, me tranquiliza saberme parte de un *nosotros*.

La enfermera pronuncia tu nombre, padre.

Sí, soy Irina, soy su hija.

Entro y ahí estás, echado, tan quieto, tan cerca, pero tan lejos. Y la enfermera te retira la sábana planchada, impecable, limpia, digna de ti, padre, veo tu rostro como un antifaz, el tiempo ya no existe en tu piel, ni siquiera el dolor, ese dolor ya pasó. ¡No me atrevo a tocarte! ¡Necesitamos tocar y ver la muerte? ¿No nos basta con pensarla, tenemos que transformarla en una imagen? La muerte siempre parece estar al lado de los otros, nos volveríamos locos si la pensáramos cercana. Ay, padre, no consigo que mis dedos se estén quietos, no me ves porque tus ojos siguen cerrados, sellados en esa piel azulada y quieta. Siento el mismo miedo que sentía cuando ella me contaba aquellos cuentos, dime, padre, ¿recuerdas los cuentos de mamá? ¡Eran tan extraños!, su voz se perdía en caracolas blancas y rugosas, en toboganes, en retratos que envejecían, en acantilados sobre mares de plata donde las olas se llevaban la vida, en ríos oscuros y leyendas. ¡Temblaba al oírlos, madre! El niño que soñaba con un hombre de arena, la madre del monstruo o el gato muerto que aullaba tras el muro de hormigón. Esos cuentos parecían cuerpos mutilados de pies y cabeza. «Las historias reales no tienen un principio claro», me decías, «y

el único final es la muerte, hija, es siempre la muerte, saberlo aliviará tu miedo a vivir». Tú, madre, retirabas la sábana verde a los cuentos, dejabas que los ojos vidriosos se abrieran, como ahora hace la enfermera con papá. Me asustabas, madre. Yo creo, padre, que ella se contaba aquellas historias a sí misma, los libros la han vuelto loca. ¿Es eso posible, padre? Supongo que sí lo es, que algunos confunden aspas de molino con lanzas de acero. No puedo apartar la vista de las manos pálidas, de cómo distribuyen acostumbradas los pliegues de la sábana, son dedos finos y quietos que cubren lo que ya no está, pero sigue ahí. ¿Es posible que ya no estés, padre? De niña creía que los muertos se transformaban en mármol y se agrietaban, que poco a poco su piel se hacía polvo, y sus ojos, bolas de agua, hoy nada de eso sucede, dime, padre, ¿cómo se reconstruye un recuerdo? ¿Cómo aprender a recordarte de nuevo? Quizá sea alumbrando con una luz intensa las sombras, hasta que una a una desaparecan y entonces solo nos queden cuatro o cinco postales perfectas, ordenadas, un álbum pulcro al que asomarnos, dos frases y, en el mejor de los casos, una carcajada a deshora. A mí me gustaba tu risa, padre... Digo me gustaba, uso el tiempo pasado y me suena raro. Tu risa era estrepitosa, ronca y sincera, siempre a destiempo. La risa de ella ha dejado de existir, pero ¿cuándo dejó mamá de reír? Porque siempre hay un momento en que dejamos de hacerlo. Cuando venía

hacia aquí, pensaba en ello, en el eco que deja una risa, eso sí es lo más parecido a comenzar a morir.

La enfermera me entrega lo que llevabas encima, parece que todo cabe en una vulgar bolsa de plástico. Mira, padre, tu reloj ha perdido la esfera, está desnudo frente al tiempo, y las gafas se han doblado por el impacto, se ha detenido tu vida y todo cabe en esta vulgar bolsa de plástico. Me dicen que has muerto de un infarto, que te encontraron en la calle, tumbado en el banco de la parada del autobús con la mirada congelada clavada en la marquesina. ¡Dejaste de existir mirando una marquesina! Los que pasaban por ahí te miraron de reojo. ¿Por qué mirar de reojo a un moribundo? Vamos tan deprisa que confundimos borrachos con moribundos. Bueno, a lo mejor no hay tanta diferencia. Pasaron dos horas hasta que dos hombres sí se detuvieron, dijeron que estabas borracho, agonizabas, y tardaron dos horas, yo sé que no habías bebido, los dos sabemos eso, padre. Has muerto como un animal indefenso, con el mundo vuelto de espaldas y la cara en el suelo, con veinte euros en la cartera y noventa años. Has muerto y nadie se acercó a tu cuerpo, ¡miraron de reojo! Las manos de la enfermera son extrañas, son manos pálidas y acostumbradas. Se mueven con gestos fríos y aprendidos porque siempre están con muertos. Te gustaría las manos de esta enfermera, quizá las sientas todavía, a lo mejor nos oyes.

¿Nos oyes?

Hace años que ninguna mano coge la mía, padre, ni siquiera una mano torpe. Desearía que una mano cálida detuviera el nervio de los dedos, y que una boca grande me besase mientras me alejo de aquí, desearía que alguien caminara a mi lado por este pasillo, y salir abrazados hacia una luz natural y amable que difumine el dolor. ¿Crees que pido mucho? ¿Crees que lo merezco? Cómo me gustaría reposar mi cabeza en tu pecho, padre, y que me susurres unas palabras tiernas con tu voz grave, poder hablarte de ese hombre que no existe, como todo lo que deseamos, ¿será eso la infelicidad? ¿Desear lo que no existe? No recuerdo haber reposado mi cabeza en tu pecho, o quizá sí, será que ante la muerte lo idealizamos todo... No te preocupes, padre, porque saldré adelante, te lo prometo, pero antes tengo que decidir si incinerarte o no, recuerdo haberte oído decir que te merecías algo mejor que arder como el carbón, que preferías un lugar en la tierra, una caja de madera hecha con las manos de un carpintero que nunca te conoció. Creías en un dios benévolo, misericordioso y algo estúpido, un dios que nunca te solicitaba cuentas de nada, que miraba a otro lado cuando se lo pedías, un dios que no era omnisciente, sino testigo. ¡Ay, padre, cómo desearía que hoy me hablaras! Quisiera explicarte qué siento tras tu muerte, como este dolor ha formado un ovillo de lana

rugosa y salvaje. Cualquiera dolor cesa cuando bebo, pero ya no bebo, padre. ¡Tú sabes que ya no bebo!

Salgo a la calle. Solo veo charcos oscuros donde nada se refleja, y mi ovillo del dolor cae ahí y se diluye en el agua sucia, por unas horas todo es más blando, la lana se deshace, se vuelve dócil.

Hoy necesito ayuda.

Camino y busco esa ayuda, dejo que los árboles desnudos se abran a mi paso, respiro el otoño seco y anaranjado, bordeo el muro de ladrillo de la parroquia, dejo atrás la entrada y enseguida aparece el jardín de hortensias. Ya están todas marchitas, es el otoño que apaga sus colores, pero ellas se resisten a caer, se aferran al tallo solitario. Yo también me aferro a los tallos que encuentro o que me encuentran, por eso vengo a este lugar, para aferrarme a algo, aunque no crea en ello.

La puerta de acero está entreabierta, siempre lo está, porque así entramos. No se oyen voces, pero sé que a estas horas hay un grupo. Fue el hombre tranquilo el que me enseñó el camino hasta este lugar, lo hizo porque quería salvarme la vida. Me acompañó muchas veces hasta una puerta entreabierta como esta. ¡Nunca entré! ¡Yo era normal! Era como los demás, por eso nunca entré. Cuando el hombre tranquilo dejó de acompañarme, sí entré. Quizá lo hice porque yo ya no tenía unos brazos en los que caer, y necesitaba esos bra-

zos, necesitaba pertenecer al *nosotros*. El hombre tranquilo no confía ya en mí, el hombre tranquilo se alejó. Y a veces, cuando llego sola hasta esta puerta y no consigo entrar, regreso a casa, y luego me siento mal por haberlo hecho, porque me hace bien venir, porque en este lugar nos repetimos las cosas para creerlas, y eso para nosotros no es fácil. Aquí, el moderador siempre da la vez, y cada uno se perdona, bueno, no siempre. Aquí, cuando hablo, las palabras no regresan a mí, solo salen, los demás no me devuelven nada, porque nada me quitan. Aquí, todo nos lo vamos quitando nosotros, eso es, nos robamos, somos unos malditos delincuentes, aquí nos despojamos de lo más preciado que tenemos: nuestra vida. Hoy podría empezar diciendo, soy Irina, llevo diez años y ocho horas sin beber, y esta mañana ha muerto mi padre, eso es, ha muerto mi padre.

Empujo la puerta de acero y avanzo.

Aquí las voces se entrelazan en una madeja extraña, de hilos unicolor, aquí también hay ovillos de dolor, pero cada ovillo es de una lana distinta más o menos quebradiza. Llego justo cuando la sesión comienza. Algunas caras se giran para mirarme. Son rostros conocidos de desconocidos, antifaces con la expresión congelada como tú, padre, también vienen aquí para que les quiten la sábana verde, para desprenderse de la máscara con la que recorren una ciudad en la que casi todas las puertas se cierran a su paso, pero esta no, ¡esta puerta

no se cierra nunca, aquí no damos portazos! Creo que nos unen las mentiras y las voluntades, ¿no es eso lo que une a todo el mundo? Es posible que en el fondo *nosotros* no seamos tan distintos a los demás.

Todos estos rostros que me ven entrar, estos ovillos de dolor, van a contar una historia, la mayoría cuenta su historia en silencio, yo también lo hago. Contar en silencio tampoco es fácil, porque es en este silencio donde parece suceder todo, es en este silencio donde nos encontramos, en el silencio de Ramón, que sujeta algo en el regazo y nos mira inquieto; o en el de Josefina, una mujer menuda que siempre va vestida con un chándal negro ajustado a su cuerpo frágil e inestable, un cuerpo que tiembla. Me gusta Josefina porque tiene una voz dulce e infantil, sus palabras se despojan de culpa en cuanto las pronuncia, eso nos pasa aquí, creo que esas palabras están hechas de un material pesado, no como las que se gritan ahí fuera... Esta mañana, dice, al salir del turno de guardia, me he bebido cinco cervezas que aparecieron detrás de la lavadora, así de repente, no sé qué hacían ahí esas malditas cervezas, son ellos quienes las esconden... Son ellos los que quieren hacerme daño y que me hunda, son ellos... Yo miro a Josefina mientras habla, y pienso que siempre es fácil hablar de *ellos* y culparlos. Los ojos de Josefina están fijos en el suelo, con la palma de la mano muy tiesa se peina el pelo fino mal teñido. Es enfermera y también tiene las

manos blanquecinas y temblorosas, como la otra enfermera, la que cubre la cara de los muertos, pero las de Josefina son manos acostumbradas a cosas bien distintas. A Josefina le asusta la muerte, bebe porque le asusta la muerte. Ellos, dice, no me quieren, me alejan de todo, son malos... Feli está junto a mí, me agarra el brazo y deja caer la cabeza en mi hombro mientras la observa... Ay, dice Feli, la Josefina vive con espíritus que beben cerveza, qué fiesta tiene la Josefina... Feli es mucho mayor que Josefina, es ya abuela, es ella la que dice que es abuela, y *nosotros* la creemos. Su marido la abandonó hace seis años. Mis nietos, dice, no me visitan, porque su madre no les deja... Feli levanta los párpados, los ojos de Feli son muy claros, casi transparentes, y nos miran adivinando; mueve las yemas de los dedos, cuenta cuatro, luego, cinco, seis... Si aguanta seis meses más, su hija le ha prometido que podrá ver a los nietos, su hija le ha prometido que sus nietos la visitarán, su hija solo quiere su bien, su hija vela por la salud de Feli, su hija no entiende a Feli, su hija cree que Feli puede hacer daño a los niños, su hija acusa a Feli de beberse su pensión, y ella se explica y nos explica... Es cierto que se me van las pesetas, dice, ya no me queda ni para sopas ni pescado, ella no me da nada, ella se queda con la mitad... El cuerpo de Feli ya no es suyo, porque su cuerpo es un pellejo que va allá donde va ella, por eso no sabe controlar bien los movimientos de los dedos. Feli cuenta de nuevo hasta seis...

Todos contamos las horas y los días, como ella, luego contamos los meses, siempre contamos, porque, aquí, contar es lo mismo que rezar. Aquí agradecemos, pero no sabemos muy bien por qué. Animamos a Feli a llegar a seis meses, Feli sonríe. Frente a mí, Mateo pierde la mirada, es demasiado joven para ser parte de *nosotros*, pero lo es, porque aquí no entendemos de edades. Mueve los pómulos, caen como dos estacas entre unos labios secos, murmura algo que solo él entiende, se acaricia la coleta castaña una y otra vez. Mateo es alcohólico y heroinómano, le cuesta pronunciar ambas palabras, él dice *enganchao*, así le resta gravedad. Sabemos que su padre está en la cárcel, lo sabemos porque Josefina un día le preguntó, pero él nunca habla de eso. Mateo casi nunca habla, solo nos escucha; abre los ojos y los cierra, a veces esconde la cabeza entre los brazos como hacemos todos, pero él lo hace de otra manera, no por vergüenza, no, sino por cansancio. Mateo suele venir acompañado de otro chico que no bebe, es ciego, pero que ve más que Mateo. Hay muchos como Mateo, algunos fuimos Mateo, Mateo cree que él es único. Nuestro dolor es siempre único, aquí lo compartimos.

Ramón levanta la mano, quiere mostrarnos eso que lleva en el regazo, es una tarta de cumpleaños, hoy cumple sesenta años. Las patillas mal cortadas, pelonas, descienden por el rostro, se mueven desordenadas, al ritmo de un chicle que ya estará reseco. Ramón llega a los *grupos* siempre tarde,

le gusta hablar de su mujer, no es como Mateo, a Ramón le gusta hablar, todos sabemos qué problema tiene. Ella y el hijo lo abandonaron hace años, porque no querían vivir con un borracho. Durante las primeras sesiones nos dijo que era viudo, luego, poco a poco, él mismo se fue dando cuenta de que no lo era, de que él era un hombre abandonado, abandonado por ser un borracho, por ser *nosotros*. Aquí, a veces, nos cuesta saber quiénes somos de verdad, y yo siempre pienso en eso, en quiénes somos, porque no queremos ver nuestro reflejo, o quizá es que no podemos verlo en una vida turbia y opaca. ¿A quién le gusta mirarse en un espejo sucio? Ramón llora, abraza la caja de su tarta y nos mira... Hoy he bebido, dice, pero solo una copita de vino tinto, pequeña, después de comer, han sido dos sorbos de nada, eso dice Ramón, *dos sorbos de nada*. Y es que las copas y los vasos son siempre pequeños, siempre son *dos sorbos de nada*, y eso a mí me asusta, porque yo pienso cada jodido día en esos *dos sorbos de nada*. Feli me agarra el brazo con más fuerza, y Josefina pregunta a Ramón que cuántos años cumple, que si son más o menos años que los sorbitos que ha dado. Él contesta que sesenta años y dos sorbitos, y que por eso ha bebido, porque no los va a volver a cumplir, y porque nunca pensó que llegaría a cumplirlos. Y esos *dos sorbitos de nada* pueden destruirte en un instante, lo que tarda el líquido en entrar en tu boca. Aquí nadie reprocha, aquí no hemos venido a reprochar,

aunque a veces queramos hacerlo para así sentirnos mejor. El cuerpo de Ramón se encorva hacia adelante, hacia el suelo, es como si la tarta se le hubiera clavado en el vientre como una katana. Yo creo que Ramón bebe para olvidar quién fue, bebe para romper espejos. Ramón se engaña, quizá piense que así lo que le ha sucedido nunca ha existido, porque deja de verlo. Cuando cumplió cuarenta y cinco años, se sentó en esa misma silla, él no se acordará, pero yo sí. Lo aplaudimos. Aquel día no lloró, cantó el *Cumpleaños feliz*, estaba sobrio, su mirada encerraba miedo, miedo a las decisiones, a sí mismo, al deseo de lo que puede no ocurrir nunca. Todos sabíamos que algo estaba cambiando en él porque llegó afeitado, con el pelo limpio, sí, eso es, con el pelo muy limpio y oliendo a colonia... Yo había tenido una recaída y, al verlo contento, erguido, aseado..., lo volví a intentar. ¡Lo intentamos muchas veces! Creemos que lo hemos logrado, pero no es así... Saber que podemos fracasar puede hacerte más fuerte, pero también puede matarte. ¿Sabes, padre? Hay algo en él, en Ramón, que me recuerda a ti. Quizá sea la nariz ganchuda o los dedos huesudos que se retuercen entre las manos o cómo agarra la tarta contra el vientre, o será su risa.

Ramón levanta la mirada y, cuando el chicle deja de moverse, comienza a hablar, y todos permanecemos en silencio, aunque ya nos sabemos la historia. Feli y Josefina resoplan, saben lo que ocurrió aquel día, pero Ramón se empeña

en contarlo de otra manera, tiene muchas versiones, a mí me parecen bien todas, tenemos derecho a tener distintas versiones de nuestra vida, aunque la mayoría sean malas... ¡Cómo olvidar lo que pasó! Aquel día entró por esa puerta dando traspiés y con una estúpida sonrisa en la cara. Había pasado toda la noche en el banco del parque durmiendo con los gatos, porque le gustan los gatos. Nos juró que no volvería a beber, se arrodilló frente a nosotros, Josefina se reía, y Feli lo abrazó muy fuerte, Feli siempre abraza, pero porque lo necesita, y no porque entienda de juramentos. No entendemos de juramentos, solo de voluntades, si quieres dejar de beber, la puerta se abre, da igual que estés borracho, nosotros contamos hasta cuando estamos borrachos. Creo que Ramón mantuvo su promesa tres semanas. La llegada de las Navidades acabó con sus buenas intenciones... Joder, dijo, es que son malas fechas, son una trampa que se construye para nosotros, sí, una puta trampa de espumillón, cristales y bolas de colores... A Ramón le sentaron en una mesa en la que sus suegros, su mujer, su cuñado y su hijo bebían, eso dice él..., ellos bebían y yo miraba. Esa misma noche lo encontraron en el dormitorio de sus suegros durmiendo en un charco de vómito y heces..., me había bebido las Navidades de un solo trago delante de la virgen, del niño y todos los bichos del portal..., eso nos dijo. El 25 de diciembre, su mujer lo ingresó en un hospital. Había sufrido un coma etílico.

Ella nunca regresó a por él.

Ramón nos mira, se siente bien hablando de lo que ocurrió, hablar nos hace bien.

Cuando llega mi turno, no los miro directamente a los ojos porque me produce rubor hacerlo, no es que vaya a mentirles, no, es porque recuerdo y esos recuerdos me vienen sin yo llamarlos, y me hacen daño. Me doy lástima cuando Josefina y Feli me observan, y en sus ojos veo reflejada a una Irina que no me gusta, pero que existe, que no deseo, pero que existe. Entonces creo que no somos lo que creemos ser, en realidad siempre somos lo que ven los otros, porque no podemos huir del reflejo, porque pertenecemos a las malditas miradas ajenas. Feli me suelta el brazo, me empuja al atril... Vamos, chiquilla, cuenta eso que le ha pasado a tu padre, ve, ve, eso me dice Feli. Cuando subes al atril, los demás esperan algo, y nosotros nunca podemos cumplir con lo que otros esperan de nosotros, creo que eso fue lo primero que aprendí. Me arrepiento de haber venido, pero estoy aquí.

—Soy Irina y hoy no he bebido. Tengo cuarenta y cuatro años, llevo diez años y nueve horas sin beber..., y hoy ha muerto mi padre.

2

LOS MUERTOS

PREGUNTO A LOS CIPRESES quién es el muerto y ellos no responden, solo se mueven con el viento, como llamas bajo una ventana; algunos se encorvan cansados y se giran hacia el ruido de pasos que sorteja el suelo irregular y traicionero. A mi edad los suelos son el enemigo, a mi edad no puedes apartar la vista de aquello que pisas, así que dejas de mirar al horizonte porque ya no existe, solo existe una baldosa rota, el agujero en la tierra o un escalón repentino. Unas mujeres avanzan por el camino empedrado con zapatos de tacón negro, los ancianos lo hacen con bastones de punta de goma. No conozco a los dueños de los bastones ni tampoco a las dueñas de los zapatos, ni a los que duermen en los nichos, ni a los que se lamentan, pero sé que estoy en el